

**Homilía Misa Crismal**  
**Osorno, 27 de marzo de 2024**

Mis queridos hermanos y hermanas:

Estamos celebrando una de las eucaristías que mejor expresan la comunión del obispo con su presbiterio y lo primero que podríamos decir de ella, es que se trata de la fiesta del sacerdocio. En efecto, la liturgia de la palabra pone sus ojos en el único sacerdocio que permanece para siempre, el sacerdocio de Cristo: único mediador entre Dios y los hombres como dice la carta a los hebreos. Y el sacerdocio cristiano se debe entender en función del sacerdocio de Jesucristo. Por esa razón es que bellamente el Concilio Vaticano II definió la liturgia como el ejercicio sacerdotal de Cristo.

En consecuencia, la liturgia no puede ser monopolizada por algún grupo en particular o por un presbítero en particular. No es la liturgia de tal grupo o la liturgia de tal sacerdote. Los abusos que se dan en este orden, no tienen nada que ver con el espíritu de la reforma del Concilio Vaticano II, al contrario, cuando un grupo o un sacerdote modifica a su antojo la liturgia, vuelve a moverse de acuerdo a los criterios preconciliares donde la liturgia no era considerada como el ejercicio sacerdotal de Jesucristo, sino más bien como un “santo sacrificio” muy desconectado con la realidad del Pueblo de Dios.

La liturgia le pertenece a la Iglesia y ello exige laicos y laicas cada vez más formados que lleguen a tener una comprensión y vivencia litúrgica más profunda. Así también le pueden exigir al sacerdote que celebre la liturgia de la Iglesia y no su liturgia particular dejando de manifiesto que el sacerdocio le pertenece al Pueblo Santo de Dios. Somos todos sacerdotes por el bautismo. Asimismo, el sacerdocio de los presbíteros recibido por el sacramento del orden no se entiende sino está orientado a fortalecer el sacerdocio común de los fieles.

El presbítero puede dar aquello que ninguna otra persona puede dar: la Eucaristía y el perdón de los pecados. Es cierto que, el presbítero ejerce también un rol de conducción, preside a la comunidad cristiana, contiene a las personas que lo necesitan, predicán la Palabra de Dios a sus hermanos y hermanas, visitan a los enfermos, sostienen comedores que atiendan a los pobres y tantas iniciativas sociales. Pero, lo más importante que espera el pueblo de Dios es que sus curas celebren la Eucaristía y celebren el sacramento de la reconciliación cuando las personas lo necesiten. Ello, solo los presbíteros lo pueden ofrecer, para ello fueron ordenados y ungidos por el obispo. Es triste constatar que algunos presbíteros no celebran la eucaristía diariamente. Más triste aún es escuchar a los laicos cuando comentan: el padre nunca está, o, en nuestra parroquia el padre nunca confiesa. Sin eucaristía no hay Iglesia y es por esa razón que hoy más que nunca debemos rezar para que surjan jóvenes dispuestos a entrar al seminario y así puedan ofrecer sus vidas para seguir ofreciéndonos el pan de la vida eterna. No obstante, sería tan injusto no agradecerle a Dios el testimonio de tantos sacerdotes que diariamente ofrecen sus vidas con total entrega. Edifica ver a sacerdotes que reflejan a Jesús con su manera de vivir, que se esfuerzan diariamente por ser buenos sacerdotes, atentos a las necesidades del pueblo de Dios. Hemos tenido testimonios notables en nuestra diócesis, empezando por Monseñor Francisco Valdés Subercaseaux. El testimonio de tantos misioneros que vinieron de lejos a compartir nuestra vida y a mostrarnos el rostro de Jesús con su testimonio de austeridad y misión infatigable.

Bendito seas Señor, por tantos sacerdotes que promovieron a las personas ofreciéndoles alternativas para una vida más digna. Bendito seas Señor por aquellos sacerdotes que fueron capaces de reconocer al Cristo pobre en sus hermanos y hermanas. Bendito seas Señor, porque suscitaste sacerdotes y junto a ellos, religiosos y religiosas, que no se equivocaron en enfocar sus esfuerzos en tratar de colaborar para la construcción de un mundo más humano.

Los grandes santos en la historia de la Iglesia fueron los santos de la Caridad como lo fue nuestro querido Padre Hurtado. Sin embargo, más de alguna persona se sorprenderá que ponga ahora tanto énfasis en la Caridad mientras al comenzar esta homilía insistí en que los sacerdotes celebren la eucaristía con frecuencia y estén dispuestos a dar el perdón. Es que no son cosas contrapuestas. Al contrario, los grandes santos de la caridad tenían muy claro que la fuente de donde bebía su caridad pastoral era la Eucaristía y las horas de silencio orante ante el tabernáculo. Me gusta una frase que alguna vez le escuché al Papa Francisco: “es cierto que se ha hecho muy famosa mi frase: sean pastores con olor a oveja (refiriéndose a nosotros los sacerdotes), pero, se olvidan que en más de alguna ocasión también he dicho: sean pastores con olor a sagrario”. Pastores con olor a oveja y a sagrario. Es el desafío que tenemos mis queridos hermanos sacerdotes. Es lo que nos reclama el Santo Pueblo de Dios. Y ustedes mis hermanos que están acompañándonos y celebrando esta eucaristía: recen por sus curas, quiéranlos, colaboren con ellos, corríjanlos con cariño y caminemos juntos haciendo de esta Iglesia, nuestra Iglesia, una gran comunidad de discípulos y hermanos capaces de llegar a ser una verdadera “parábola de comunión”.

También, en esta misa bendeciremos los óleos y consagraremos el crisma. Este último, es un aceite mezclado con esencias. Con él, se consagró a reyes y profetas. También se consagra con él a los bautizados, a los confirmados y a los que reciben el sacramento del orden. En la dedicación de una Iglesia el altar es ungido como lugar de la celebración Eucarística. El Crisma es derramado sobre aquello que Dios reclama como suyo. Somos de Cristo, somos suyos. Nuestro sacerdocio es suyo. Que nuestra Iglesia diocesana no lo olvide nunca: somos de Cristo y en él encontraremos nuestra fortaleza. Amén.